

ACTO SEGUNDO

ESCENA PRIMERA

La selva de Ardenas.

(Entran el DUQUE, AMIENS, y dos o tres NOBLES, vestidos de monteros.)

DUQUE.

COMPañEROS y hermanos de destierro,
¿No hace más grata el hábito esta vida
Que la de vana pompa? ¿En estos bosques
No hay más sosiego que en la corte artera?
De Adán la pena aquí sentimos sólo:
Del tiempo la mudanza, el diente agudo
Y el ronco regañar del cierzo helado;
Que cuando en mí se ceba, cuando azota
Mi cuerpo con su soplo, aunque de frío
Me hace temblar, con faz risueña exclamo:
"Esto lisonja no es; son consejeros
Que lo que soy tangibles me revelan."
Dulce es el fruto de la adversa suerte,
Que, como el sapo venenoso y feo,
Lleva en la frente joya inestimable.
Y nuestra vida, exenta de bullicio,
Lengua a las plantas da, ciencia al arroyo,
Halla en piedras virtud, doquier provecho.
No la trocara, a fe.

AMIENS.

Dichoso, Alteza,

Quien, como vos, en manso y dulce estilo
Sabe exponer del hado los rigores.

DUQUE.

Venid: ¿iremos a matar venados?

Con todo, me da pena que estos pobres
De abigarrada piel, siendo nativos

De este lugar desierto, a nuestras manos
Heridos caigan por el dardo agudo
En sus confines propios.

NOBLE 1º.

Cierto, Alteza,
Que lo lamenta mucho el triste Jaques;
Y jura que usurpáis en tal sentido
Aun más que vuestro hermano que os

[destierra.

Hoy mismo Amiens y yo nos deslizamos
Tras él, mientras de un roble al pie yacía,
Cuya antigua raíz baña el arroyo
Que murmurando va por esta selva.
A tal lugar, ¡cuitadol, un pobre ciervo,
Del dardo agudo del montero herido,
Vino a desfallecer; y os juro, Alteza,
Que daba el infeliz suspiros tales,
Que a cada queja aguda parecía
Que iba a estallar su tersa vestidura.
Como guijas las lágrimas sin tregua
Por su inocente faz tristes corrían;
Y en tanta cuita el infeliz velludo,
Mirado atento por el triste Jaques,
Se estaba al borde del veloz arroyo,
Con lágrimas sus aguas aumentando.

DUQUE.

Pero ¿qué dijo Jaques? ¿No dedujo
Moral alguna de tan tierna escena?

NOBLE 1º.

Por medio de mil símiles. Primero,
De aquel llorar en el crecido arroyo:
“¡Ay infeliz venado!”, dijo: “haces
Como el varón mundano testamento:
Aun legas más a quien de sobra tiene”.
Viéndole luego solo, abandonado
De sus amigos de sedoso pelo:
“Bien hecho”, dice, “así la desventura
Corta del trato el flujo”. En breve, un
De pasto lleno, sin mirarle pasa [hato,
En confuso tropel; “Sí”, dijo Jaques;

“Seguid alegres, lucios ciudadanos.
¡Así sucede siempre! ¿A qué los ojos
Volver hacia este mísero insolvente?”

De este modo con sátiras critica
Campo, ciudad y corte, y ni aun perdona
Nuestra modesta vida, sino jura
Que usurpadores somos y tiranos,
O algo peor, por espantar los ciervos,
Dándoles muerte en su natal morada.

DUQUE.

¿Y en tal contemplación le abandonasteis?

NOBLE 1º.

Sí tal, señor; gimiendo y comentando
La triste suerte del cuitado ciervo.

DUQUE.

Enseñadme el lugar; gusto de oírle
En sus arranques tétricos; entonces
Rebosa discreción.

NOBLE 1º.

Venid a verlo.

(Vanse.)

ESCENA II

Una sala del palacio.

(Entran el duque FEDERICO y acompañamiento.)

FEDERICO.

¿Será posible? ¿Qué, no verlas nadie?
No puede ser: villanos de mi corte
De acuerdo en esto están, y lo consienten.
De nadie sé que la haya visto, Alteza.
Las damas de su cámara la vieron
En cama anoche, y esta madrugada
Huérfano de su dueña el lecho hallaron.

NOBLE 2º.

Falta también aquel bufón, Alteza,
Que tanto os alegraba con sus chistes.
Hesperia, la doncella de vuestra hija,
Confiesa que la oyó secretamente
Ensalzar con su prima los modales

Y prendas del mancebo que en la lucha
Días atrás rindió el forzado Carlos;
Y cree que dondequiera se hayan ido
Con ellas ha de estar aquel mancebo.
FEDERICO. Id a buscarle a casa de su hermano;
Traed a ese galán; y si está ausente,
Venga su hermano, haremos que él lo
[busque.
Hacedlo pronto, y no haya tregua alguna
En la investigación y seguimiento,
Hasta dar con las locas fugitivas. (*Vanse.*)

ESCENA III

Delante de la casa de Oliverio.

(Entran ORLANDO y ADÁN por opuestos lados.)

ORLANDO. ¿Quién va?
ADÁN. ¿Sois vos, mi noble y joven
¡Amo querido mío! ¡Oh viva efigie [amo?
Del buen Roldán! ¿Qué hacéis en este
[sitio?
¿Por qué virtuoso sois? ¿Por qué os adoran?
¿Por qué sois tan valiente, fuerte y noble?
¿Por qué en vencer tuvisteis tanto empeño
Al luchador del caprichoso duque?
Con harta rapidez aquí la fama
De vuestro triunfo os vino precediendo.
Orlando, ¿no sabéis que a ciertos hombres
Les sirven de enemigos sus virtudes?
Así las vuestras son traidores santos
Que han hecho juramento de perderos.
¡Qué mundo es éste, donde la nobleza
Ponzofia es para el alma en que se anida!
¿Qué ocurre pues?
ORLANDO.
ADÁN. ¡Oh joven sin ventura!

No entréis aquí; bajo este techo vive
De todas vuestras gracias el verdugo.
Sí, vuestro hermano..., hermano no...,
[mas hijo...
Hijo tampoco..., indigno es de ser hijo
Del hombre a quien iba a llamar su padre;
Supo de vuestro triunfo, y por la noche
Piensa quemar la choza que os cobija,
Y a vos en ella. Si este golpe falla,
Tendrá otros medios para daros muerte.
Puesto en acecho pude oír sus planes:
Ésta no es casa, es cueva de asesinos;
Aborrecedla, huíd, no entréis en ella.
ADÁN. ¿y dónde quieres que me vaya?
ORLANDO. No importa dónde, como aquí no fuere.
¿Qué? ¿Quieres que por Dios vaya pidiendo
Un bocado de pan? ¿Quieres que salga
Turbulento al camino y arrebate
Con vil espada pérfido sustento?
Esto he de hacer, o ya no se qué hacerme;
Y esto jamás haré por mal que vaya.
Prefiero someterme a la malicia
Y al despotismo de un sangriento hermano.
ADÁN. No, no hagáis tal. Yo tengo cien doblones,
Mi escaso haber, que ahorré con vuestro
Y atesoré para enfermero un día, [padre,
Cuando baldada la aptitud yaciese
En mis caducos miembros, y en olvido
Quedase mi vejez arrinconada.
Tomad, y aquel que al pájaro sustenta,
Y pródigo abastece al grajo, sirva
De arrimo a mi vejez. Tomad el oro;
Tomadlo todo: vuestro siervo sea;
Aunque parezca viejo, soy robusto,
Pues en mi juventud jamás bebida
Excitadora adulteró mi sangre;
Jamás con frente impúdica la senda

ORLANDO.

ADÁN.

Seguí que al mal y a la impotencia guía.
 Por tanto, es mi vejez lozano invierno,
 Frío, pero apacible. Buen mi amo,
 Dejad que os acompañe; he de serviros
 Tan bien como el más joven, en negocios
 Y en cuantos menesteres os ocurran.
 ¡Oh buen anciano! ¡Cómo en ti se advierte
 La fe constante de la edad antigua,
 Cuando por el deber, no por el lucro,
 Sudor vertía la sumisa frente!
 No estás cortado al uso de estos tiempos,
 En que, si no es por lucro nadie suda;
 Y satisfecha la ambición, al punto
 Al amo olvida. No eres tú de aquéllos.
 Mas, pobre anciano, un seco tronco podas,
 Que en pago de tu esmero y tu cuidado,
 Rendir no puede triste flor siquiera.
 Mas ven, iremos juntos; tal vez antes
 Que tus ahorros pocos agotemos
 Algún vivir modesto encontraremos.
 Guiad, yo os seguiré con fe sincera
 Hasta el postrer aliento, adondequiera.
 De tres a quince lustros ha que vivo
 Aquí, de donde salgo fugitivo.
 Joven, se vence al hado en su porfía;
 A los ochenta, es ocasión tardía.
 Mas del destino sólo un bien reclamo:
 Morir en paz, y no debiendo al amo.

(Vanse.)

ESCENA IV

La selva de Ardenas.

(*Entran ROSALINDA como GANIMEDES; CELIA como ALIENA, y
 PIEDRADETOQUE.*)

ROSALINDA.— ¡Oh Júpiter, y qué rendida está mi alma!
 PIEDRADETOQUE.— Poco me importaría mi alma, si no
 estuviesen tan rendidas mis piernas.

ROSALINDA.— Sería capaz de deshonorar mi traje varonil
 y de llorar como una mujer. Pero es menester que anime
 a la parte más débil; pues ropilla y calzas deben mostrarse
 animosas en presencia de una saya. Por tanto, ten valor,
 mi buena Aliena.

CELIA.— Os ruego, compartid conmigo esta pena, no
 puedo seguir adelante.

PIEDRADETOQUE.— Por mi parte, más quiero compartir
 vuestra pena que cargar con vuestro cuerpo; sin embargo,
 aunque cargase con vos, no cargaría con ninguna cruz, pues
 se me antoja que no lleváis blanca en la faltriquera.

ROSALINDA.— Al fin, estamos en la selva de Ardenas.

PIEDRADETOQUE.— Sí, ya estoy en las Ardenas. ¡Necio de
 mí!, cuando estaba en casa, me hallaba en mejor lugar; pero
 el viajero no debe ser descontentadizo.

ROSALINDA.— No lo seas, buen Piedradetoque. Mirad
 quien viene; un joven y un anciano en solemne plática.
 (*Entran CORINO y SILVIO.*)

CORINO. Con eso harás que te desdeñe siempre.

SILVIO. ¡Corino, tú no sabes cuanto la amo!

CORINO. En parte lo adivino; amé en mi tiempo.

SILVIO. No, siendo viejo, adivinar no puedes,
 Aunque hayas sido, allá en tus mocedades,
 Tan fiel amante como el más devoto
 Que en soledad suspira a medianoche.
 Mas si tu amor fué ardiente como el mío
 (Aunque cual yo, no amó ninguno, creo)

¿En cuántos despropósitos te indujo
Tu loco amor?

CORINO.
SILVIO.

En mil que no recuerdo.
¡De corazón no amaste nunca entonces!
Si no recuerdas la menor locura
Que te hizo cometer amor tirano,
No amaste nunca: si cual yo me siento,
No te sentiste triste, al que te escucha
Cansando con elogios de tu dama,
No amaste nunca: si con ceño adusto
No abandonaste brusco al compañero,
Cual mi pasión me obliga a hacerlo ahora,
No amaste nunca. ¡Oh, Febe, Febe, Febe!

(Vase.)

ROSALINDA. ¡Pobre zagall! ¡Buscando yo tu herida,
Por mi desdicha con la propia he dado!

PIEDRADETOQUE.— Y yo con la mía. Me acuerdo que cuando estaba enamorado, rompí mi espada contra un canto, y le dije que eso le pasaba por atreverse a rondar de noche a Juana la Risueña; y me acuerdo de cómo besé la batidera, y los pezones de la vaca que había ordeñado con sus lindas manazas llenas de grietas; me acuerdo cómo di en cortejar, como si fuera a ella misma, a una vaina de guisantes, de la cual saqué dos, y volviéndoselos a dar, dije con lágrimas en los ojos: "Póntelos, por amor mío". Nosotros, los verdaderos amantes, damos en locuras notables; pero, así como todo es mortal por naturaleza, del mismo modo todos los que están mortalmente enamorados son tontos por naturaleza.

ROSALINDA. Discurre con más seso del que piensas.

PIEDRADETOQUE.— Ya lo sé; jamás me haré cargo de la agudeza de mi talento hasta que me rompa las canillas en ella.

ROSALINDA. ¡Dios de amor, el del zagal
Es en todo al mío igual!

PIEDRADETOQUE.— Y al mío; aunque en mí se va poniendo algo rancio.

CELIA. Os ruego, preguntad a aquel buen hombre
Si a cambio de oro nos dará sustento:
Me muero de desmayo.

PIEDRADETOQUE. ¡A vos, villano!
ROSALINDA. Calla, bufón, que no es pariente tuyo.
CORINO. ¿Quién llama?

PIEDRADETOQUE. Necio, vuestros superiores.
CORINO. Si no lo fueran, míseros serían.
ROSALINDA. Callad. Que Dios os guarde, buen amigo.
CORINO. Y a vos, gentil galán, y a todos juntos:
ROSALINDA. Pastor, te ruego, si es que a cambio de oro
O de amistad, en este yermo sea
Posible procurar algún sustento,
Que nos conduzcas donde algún reposo
A nuestros miembros demos y comamos.
Rendida de viajar está esta joven.
Y de hambre desfallece.

CORINO. Noble hidalgo,
La compadezco; y más por causa suya
Que por la mía propia, deseara
Ser más capaz de socorrerla, creedme.
Pero de otro hombre soy pastor humilde,
Y no esquivo el ganado que apaciento.
Mi dueño es hombre de carácter rudo,
Y por hospitalario no se afana
En dar con el camino de la gloria.
También su ejido, pastos y ganado
De venta están, y en el cortijo ahora,
Por causa de su ausencia, nada queda
De que podáis comer; mas lo que hubiere
Venid a ver, y haré cuanto pudiere.

ROSALINDA. ¿Quién compra sus rebaños y sus pastos?
CORINO. Aquel zagal que visteis ha un instante,
Que poco empeño tiene en comprar nada.

ROSALINDA. Te ruego, si es que en ello no hay ofensa,

Que compres el ejido, pasto y reses:
Dinero te daremos para el pago.
CELIA. Y mejor sueldo. Pláceme este sitio.
Y muy contenta en él gastara el tiempo.
CORINO. Es cierto que la granja está de venta.
Venid, y si os gustare por informes
El suelo, sus productos y esta vida,
La compro con vuestro oro sin tardanza,
Y os cuidaré celoso la labranza. (*Vanse.*)

ESCENA V

*La selva.**(Entran AMIENS, JAQUES y otros.)*

CANCIÓN

AMIENS. *Quien a la grata sombra,
Tendido en verde alfombra,
Gusta de unir süave
Su voz a la del ave,
Acuda al bosque y yazga al lado mío,
Donde otro mal
No halla el mortal
Que crudo invierno, lluvia y viento frío.*

JAQUES.— Más, más, te ruego, más.

AMIENS.— Os pondrá melancólico, Monsieur Jaques.

JAQUES.— Y gracias. Más, te ruego, más. Sorbo melancolía de una canción, como sorbe huevos una comadreja. Más, te ruego, más.

AMIENS.— Tengo la voz ronca; sé que no os puedo dar gusto.

JAQUES.— No pido que me deis gusto, pido que cantéis. Vamos, más; otra estrofa. ¿No se llaman estrofas?

AMIENS.— Como queráis, Monsieur Jaques.

JAQUES.— ¡Qué me importan a mí sus nombres! Nada me deben. ¿Queréis cantar?

AMIENS.— Más bien por complaceros que por mi propio gusto.

JAQUES.— Pues bien, si alguna vez doy las gracias a hombre alguno, os las daré a vos; aunque lo que se suele llamar cumplimiento, es como el encuentro de dos monos, y cuando un hombre me da las gracias de corazón, me figuro que le he dado una blanca, y que me da en cambio las gracias a lo pordiosero. Pero cantad, y los que no quieran, que cierren el pico.

AMIENS.— Pues acabaré la canción. Vosotros, entre tanto, poned la mesa: el duque quiere beber a la sombra de este árbol. Os ha estado buscando todo el día.

JAQUES.— Y yo todo el día le he estado huyendo. Es muy discutidor para mí. Me pasan tantas cosas por la imaginación como a él, pero doy gracias a Dios y no me jacto de ello. Vamos, trinad, trinad.

CANCIÓN

(Todos juntos.)

*Quien no fuere ambicioso,
Y toma el sol gustoso,
Busca el propio sustento,
Y cómelo contento.
Acuda al bosque, acuda al bosque umbrío,
Donde otro mal
No halla el mortal
Que crudo invierno, lluvia y viento frío.*

JAQUES.— Os diré una copla para esa música que compuse ayer a despecho de mi estro poético.

AMIENS.— Y yo la cantaré.

JAQUES.— Dice así:

*Si por ventura en burro
Se trueca algún cazarro,
Y por hacer el oso*

*Deja casa y reposo,
Duc ad me, duc ad me, duc ad me:
Otro animal
Como él, tal cual,*

Aquí verá si acude a mi señal.

AMIENS.— ¿Qué es eso de duc ad me?

JAQUES.— Es un conjuro griego para exorcizar en círculo a los necios. Me voy a dormir, si es que puedo lograrlo; si no, voy a renegar de todos los primogénitos de Egipto.

AMIENS.— Y yo iré en busca del duque; ya queda preparado el banquete. (*Vanse por distintos lados.*)

ESCENA VI

La selva.

(*Entran ORLANDO y ADÁN.*)

ADÁN.— Amo mío, no puedo seguir adelante. ¡Ay, me muero de hambre! Aquí me tiendo, y mido mi sepultura. Adiós, mi buen amo.

ORLANDO.— ¿Qué es eso, Adán? ¿Tan flaco corazón tienes? Vive un poco más, ámate un poco, alégrate un poco. Como encierre este áspero bosque animal salvaje alguno, le serviré yo de pasto, o te lo traeré para pasto a ti. Más cerca de la muerte está tu imaginación que tus fuerzas. Déjate consolar, hazlo por amor mío. Ten la muerte a raya un breve rato; volveré a tu lado al instante; y si no te traigo algo que comer, te daré permiso para morir; pero, si mueres antes que yo vuelva, te burlarás de mi cuidado. ¡Bravo! ¡Bien!, ya tienes aire más risueño. Estaré de vuelta al momento. Pero estás aquí a la intemperie. Ven, te pondré a cubierto en alguna parte; y no morirás por falta de sustento, como haya cosa viva en este desierto. ¡Animo, mi buen Adán! (*Vanse.*)

ESCENA VII

La selva. Una mesa servida.

(*Entran el DUQUE, AMIENS y NOBLES, vestidos de bandoleros.*)

DUQUE.— Se ha transformado en fiera, según creo; no le hallo en parte alguna en forma de hombre.

NOBLE 1º.— Fuése poco ha de aquí, donde estuvo alegre, oyendo una canción.

DUQUE. Si él, que es conjunto
De disonancias, se aficiona al canto,
Tendremos discordancia en las esferas.
Idle a buscar, decid que quiero hablarle.

(*Entra JAQUES.*)

NOBLE 1º. Me ahorra tal trabajo su llegada.
DUQUE. ¿Qué es esto, hidalgo? ¿Qué conducta es [ésta?

JAQUES. ¿De cuándo acá tan cara a los amigos
Vendéis vuestra amistad? ¡Os veo risueño!
¡Un bobo, un bobo! ¡Hallé en el bosque un
¡Era un bufón de abigarrado traje! [bobo!
¡Oh mundo miserable! Tan seguro
Como de carne soy, di con un bobo;
Quien a tomar el sol se echó en el césped,
Y contra la Fortuna en vituperios
La lengua desató, ¡de qué manera!
¡Y era un bufón de abigarrado traje!
"Albricias, bobo!", dije. "No", responde;
"Llamadme bobo cuando fuere rico".
Luego sacó un reloj de sol, y dice
Con mucho seso, mientras lo contempla
Con turbios ojos: "Son las diez en punto.
Ahí vemos", dijo, "cómo el mundo marcha:
Hace un hora no más eran las nueve;

Dentro de un hora más serán las once;
Así, pues, de hora en hora maduramos;
Y luego de hora en hora nos pudrimos;
Y de aquí pende un cuento". Y yo que
[escucho

A aquel bufón de abigarrada chupa
Discurrir sobre el tiempo de esa suerte,
Siento tal comezón, que mis pulmones
Chillaron más que gallo a la alborada,
Sólo al pensar en que en un bufón hubiese
Tanta profundidad contemplativa.
Reíme sin descanso un hora entera
Por su reloj de sol. ¡Valiente bobo!
¡Bufón insigne! Creed, no hay otro traje
Que el de arlequín.

DUQUE.
JAQUES

¿Y qué bufón es éste?
¡Bufón insigne! Ha sido cortesano,
Y dice que las mozas, si son bellas,
Tienen también el don de conocerlo.
Y en su cerebro, que es tan seco como
Galleta que sobró tras largo viaje,
Tiene extraños rincones atestados
De observaciones que a retazos suelta.
¡Oh, quién fuera bufón! ¡Ya sólo aspiro
A revestirme de berrendo sayo!
Y lo tendrás.

DUQUE.
JAQUES.

Es mi único deseo;
Con tal que desterréis de vuestra mente
Cualquiera convicción que en ella cunda
Respecto a mi cordura. He de ser libre;
Con privilegio lato como el viento,
Para herir con mi soplo a quien quisiere:
Goza el bufón de tal prerrogativa.
Y aquel a quien hostiguen más mis pullas
Ha de reírse más. ¿Por qué? Es llano
Como el sendero que a la iglesia guía.
Obrara neciamente quien, herido

Por el bufón con cuerda sutileza,
No se mostrase invulnerable al golpe,
Por más que le escociera; de otra suerte,
Bastaran a poner en evidencia
La necedad del sabio hasta los tiros
Menos certeros del bufón. Colgadme
Mi sayo de arlequín; y permitidme
Que diga cuanto piense, y por completo
El cuerpo infecto purgaré del mundo,
Si paciente a mi régimen se entrega.

DUQUE.
JAQUES.
DUQUE.

Calla, desvergonzado; sé qué harías.
¿Qué hiciera, pues? Un bien, sin duda al-
Pecar vilmente al criticar pecados, [guna.
Pues libertino fuiste allá en tus tiempos,
Y más lascivo que el sensual instinto,
Y cuantos males, cánceres y llagas
Cogiste licencioso y depravado,
Quisieras propagar por todo el orbe.

JAQUES.

Pues ¿quién, si yo censuro el necio orgullo,
Podrá decir que a tal o cual ofendo?
¿En rauda flujo como el mar no se hincha
Hasta mermar los medios que le nutren?
¿A qué vecina de la corte nombro,
Al afirmar que ostentan cortesanas
En sus indignos hombros regios dones?
¿Cuál me podrá decir que aludo a ella,
Si tal como ella en todo es su vecina?
¿Y quién, aun siendo del más bajo oficio,
Podrá decir que nada a mí me importa
Su blasonar, pensando que a él aludo,
Sin amoldar su necedad al sesgo
De mi discurso? Pues ¿por dónde? ¿Cómo?
¿En qué, decidme, le ultrajó mi lengua?
¿Dijo verdad? Pues él así se ultraja;
Y si es sin tacha, vuela mi censura
Como silvestre ganso que sin dueño
Los aires cruza. Pero ¿quién se acerca?

(Entra ORLANDO.)

ORLANDO. ¡Teneos! No comáis más.
 JAQUES. Aún no he comido.
 ORLANDO. Ni comerás en tanto que no sacie
 Hambre mayor que la que a ti te acosa.
 JAQUES. ¿De qué casta de pájaros es éste?
 DUQUE. ¿Te lleva a tal extremo tu miseria,
 O eres despreciador del trato urbano,
 Que así te atreves, falto de crianza?
 ORLANDO. Hablasteis con acierto en lo primero.
 De la necesidad la aguda espina
 De cortesía huérfano me deja.
 Tierra adentro nací; sé qué es cultura;
 Pero ¡teneos, os digo! Y nadie coma,
 So pena de morir, de estos manjares,
 Mientras no salga de mi duro aprieto.
 JAQUES. Pues si no os satisfacen las razones,
 Morir será forzoso.
 DUQUE. ¿Qué os apura?
 Vuestra humildad podrá forzarnos antes
 Que vuestra fuerza a ser con vos corteses.
 ORLANDO. Me muero de hambre; dadme algún sus-
 [tento.
 DUQUE. Sentaos a nuestra mesa, y bien venido.
 ORLANDO. ¿Con tal blandura habláis? ¡Oh, perdo-
 [nadmel
 Pensé que aquí salvaje fuera todo;
 Por eso revestíme de este aspecto
 De austero mando. Mas seáis quienquiera,
 Vosotros que en desierto inaccesible
 Gastáis de tristes ramas a la sombra
 En dulce olvido las pesadas horas;
 Si alguna vez mejores tiempos visteis,
 Si alguna vez oísteis el repique
 De ronca esquila que os llamaba al templo,
 Si de hombre honrado en el festín amigo

Alguna vez probasteis un bocado,
 Si alguna vez del párpado piadoso
 Una furtiva lágrima enjugasteis,
 Si en vuestros pechos compasión se anida,
 O si sabéis lo que es hallarla en otros,
 Dejad que mi humildad os haga fuerza.
 Lo espero, y con rubor mi espada envaino.
 DUQUE. Mejores tiempos vimos, es lo cierto;
 Y al son de sacra esquila al templo fuimos:
 También comimos con honrada gente;
 Y lágrimas del párpado enjugamos,
 Lágrimas que engendró piedad divina;
 Sentaos, por tanto, en amistad sincera,
 Y sin reparo disponed de cuanto
 Pudiere dar alivio a vuestra angustia.
 ORLANDO. Pues esperad tan sólo un breve instante.
 Mientras cual cierva vaya raudo en busca
 De mi cervato, a darle algún sustento.
 De aquí no lejos yace un pobre anciano
 Que por amor no más siguió mi huella,
 Por largo trecho con herida planta.
 Le aflige un doble mal: vejez y hambre;
 Y mientras satisfecho no le viere,
 No probaré bocado.
 DUQUE. Ve en su busca,
 Y nada probaremos en tu ausencia.
 ORLANDO. ¡Gracias! ¡Que el cielo tal bondad premie!
 (Vase.)
 DUQUE. Ya ves, no somos solos infelices;
 En este vasto universal teatro
 Escenas aun más tristes se ejecutan
 Que el paso en que nosotros somos partes.
 JAQUES. Teatro es todo el mundo; en él los hombres
 Y las mujeres son actores todos;
 Y tienen sus entradas y salidas.
 Muchos papeles representa el hombre,

Y en vida son sus actos siete edades.
 Primero el niño, que del ama en brazos
 Baboso chilla. Luego el rapazuelo,
 Triste y lloroso, al lado su talega,
 Con matutina reluciente cara,
 Lento cual caracol se arrastra y sigue
 La dura senda que a la escuela guía.
 Luego el amante, que cual horno gime,
 Con un soneto en loor de las pestañas
 De su adorada. Luego el seor soldado,
 Siempre en sus labios un por vida o voto,
 Más que pantera hircana bigotudo,
 Celoso de su honor y pendenciero,
 Buscando iluso la burbuja fama
 Hasta en la boca del cañón tonante.
 Y luego el grave juez, de panza obesa,
 Forrada en buen capón; de ceño adusto,
 De lengua barba de severo corte;
 Lleno de graves dichos y modernos
 Ejemplos hace su papel sesudo.
 La sexta edad se calza sus chinelas,
 Y hace el payaso enjuto; en las narices
 Las antiparras, y la bolsa al lado;
 Las calzas juveniles bien guardadas
 Cual sacos cuelgan de sus magros muslos;
 Su voz robusta y varonil se trueca
 En un tiple infantil, y en son discorde
 Se queja y silba. El fin del postrer acto
 Con que remata la azarosa historia
 Es la segunda infancia, un puro olvido,
 Do dientes, ojos, gusto y todo falta.

(*Entran ORLANDO y ADÁN.*)

DUQUE. Con bien vengáis. Soltad tan venerable
 Carga y comed.

ORLANDO. Por él os doy mil gracias.

ADÁN. Y bien has menester; apenas puedo
 Hablar para ofrecerlas por mi boca.
 DUQUE. Muy bien venidos. ¡A comer, señores!
 No os quiero molestar pidiéndoos cuenta
 De vuestro estado ahora. Regaladnos
 Con música el oído; y, primo, canta.

CANCIÓN

AMIENS. *Sopla, sopla, cierzo frío,
 Que tú no eres tan impío
 Como el hombre ingrato y crudo.
 Menos aspereza tienes;
 Pues se ignora de do vienes,
 Cuando soplas tan sañudo.*
*¡Cantaremos en loor de la verde enramada!
 Pues finge el amigo, nos burla la amada,
 Y aquí en la enramada
 No hay hora cansada.*

*Huela, huela, crudo cielo,
 Tú no causas tanto duelo
 Como un bien no agradecido;
 Y aunque al agua vuelves dura,
 Causas menos amargura
 Que amistad puesta en olvido.*
*¡Cantemos en loor de la verde enramada!
 Pues finge el amigo, nos burla la amada,
 Y aquí en la enramada
 No hay hora cansada.*

DUQUE. Si sois del buen Roldán por cierto el hijo,
 Como al oído ha poco me dijisteis,
 Y como lo atestigua vuestro rostro,
 Que es de sus nobles rasgos fiel retrato,
 Muy bien venido, a fe. Yo soy el Duque

SHAKESPEARE

Que quiso a vuestro padre. Allá en mi
[cueva

Me narraréis el fin de vuestra historia.
Seáis tan bien venido, buen anciano,
Cual lo es el amo vuestro. El brazo dadle,
Y a mí la mano; y sin tardanza alguna,
Sepamos cómo os trata la fortuna.

(*Vanse.*)